



## **REUNIÓN Nº 17 / INTRODUCCIÓN A LA ESPIRITUALIDAD IGNACIANA**

### **LA VIRGEN MARÍA: MADRE DE JESÚS Y NUESTRA MADRE**

1 Reunión

#### **Objetivos**

1. Relevar la importancia de María dentro de la espiritualidad ignaciana.
2. Propiciar el reconocimiento de María como un ejemplo de seguimiento y servicio a Dios y al mundo.

#### **Motivación inicial**

La espiritualidad ignaciana, y por tanto el carisma de la Comunidad de Vida Cristiana, está centrada en Jesucristo. Vemos por tanto el lugar de su madre, la Virgen María, en relación con Él. Para nosotros, ella es modelo de nuestra colaboración en la misión de Cristo. La cooperación de María con su Hijo comenzó con un “sí” en el misterio de la Encarnación. Su servicio eficaz –como se expresa en su visita a su prima Isabel- y su solidaridad con los pobres –que se refleja en el Magnificat- hacen que ella sea una inspiración para nuestra acción por la justicia en el mundo de hoy. Su cooperación en la misión de su Hijo, continuada a lo largo de toda su vida, inspira en nosotros un deseo de entregarnos totalmente a Dios en unión con ella, que aceptando los designios de Dios, fue hecha Madre Nuestra y Madre de todos los hombres. Así ratificamos nuestra propia misión de servicio al mundo recibida en el bautismo y en la confirmación. Veneramos a la Madre de Dios de un modo especial y confiamos en su intercesión para el cumplimiento de nuestra vocación.

#### **Oración inicial**

Al comenzar nuestra reunión, nos ponemos en presencia del Señor y reconocemos ante Él a María como modelo de colaboración en la misión de Cristo.

Ponemos nuestras vidas delante de Jesús y de María y pedimos la gracia de reconocer a María como nuestra madre y señora y como modelo de seguimiento y colaboración con Jesús.

Ofrecemos nuestra reunión, nuestra comunidad y la vida de cada uno con la oración de San Ignacio.

#### **Desarrollo de la reunión**

Textos propuestos para orar:

Evangelio según San Lucas 1, 26-56. El misterio de la Encarnación.

Evangelio según San Lucas 2, 1-20. El misterio del Nacimiento.

Evangelio según San Mateo 2, 1-23. Las circunstancias de la infancia de Jesús.

Evangelio según San Lucas 2, 21-52. María en el crecimiento de Jesús.

Evangelio según San Juan 2, 1-12. El comienzo del ministerio de Jesús.

Evangelio según San Juan 19, 17-27. María al pie de la cruz.

Libro de los Hechos de los Apóstoles 1, 12-14. María con la primera Iglesia.

#### **Reflexión personal y compartir comunitario**

- La sencillez de María. Ella junto con otros cree y espera la venida del Mesías. Como “resto de Israel”, pobre y humilde, es modelo de las disposiciones de todo quien quiere buscar y hallar la voluntad de Dios sobre su vida. En la experiencia espiritual de cada uno de nosotros, ¿qué lugar ocupa María como modelo de disponibilidad a las inspiraciones del Espíritu? ¿Soy consciente de su papel inspirador y maternal?



- María es una mujer que recibe una llamada muy grande, la discierne, la acepta y busca cómo participar en el Reino de su Hijo. Se entrega totalmente y dedica toda su vida a estar junto a su Hijo hasta la cruz. María es modelo de la persona comprometida con el Evangelio y la acción liberadora de Dios. ¿Nos planteamos, cada uno de nosotros, nuestra vocación, como María, en una entrega a Dios para el servicio de los demás? ¿De qué manera vivo la mirada de Dios al mundo, de la Encarnación?
- María se une a su Hijo Jesús en una actitud de cooperación total en su misión. María no se queda en Nazareth, sino que como primera discípula colabora con Jesús en su ministerio y nos pide que hagamos lo mismo. A partir del ejemplo de María, ¿me pregunto como María qué es lo que Dios va queriendo para mí?, desde las circunstancias de mi vida diaria.
- Jesús en la Cruz nos entrega a su madre en la persona de su discípulo amado. Sin embargo, antes, María por ser madre de Jesús, nuestro hermano, somos inspirados por el Espíritu Santo y guiados por su cariño maternal. En nuestra vida, ¿significa algo María en nuestro servicio apostólico y en nuestro compromiso comunitario?
- María nos ayuda a vivir comprometidos con la enseñanza de Jesús y por su Reino. Nos alienta a vivir bajo su bandera, es decir, para servir de modo sencillo y humilde. María nos ayuda a crecer en nuestra vida de oración y ella intercede por la Iglesia como Madre de todos los creyentes. ¿Nos relacionamos con Nuestra Madre frecuentemente en la oración? ¿La tenemos presente en nuestra plegaria?

### **Oración final**

- + Hacemos un momento de oración. Se invita a pedir y dar gracias a Dios.
- + Pedimos a María, la intercesora por excelencia que nos ponga con su Hijo y nos acompañe en nuestro camino de seguimiento de Jesús como comunidad.
- + Se reza un Padre Nuestro o Ave María.

### **Evaluación**

Se hace evaluación de la reunión. Se pide a cada integrante de la comunidad que medite un momento las siguientes preguntas. Luego se comparten:

- ¿Me ayudó la reunión? ¿Qué aprendí? ¿Qué es lo que me llevo como enseñanza?
- ¿Qué fue lo mejor logrado de la reunión?
- ¿Hay algo de la reunión que no me haya gustado?
- ¿Cómo evaluó mi propia participación en la reunión?
- ¿Hay algo que mejorar para la siguiente reunión?
- ¿Cuáles son los desafíos que me deja la reunión para el tiempo que viene, desafíos hasta la próxima reunión de comunidad?



## TEXTOS DE AYUDA PARA PREPARAR LA REUNIÓN

### María, madre mía querida – Textos escogidos

*Alberto Hurtado SJ*

- La devoción a Nuestra Señora es un elemento esencial en la vida cristiana. No hay piedad mariana que termine en María.
- Tenemos una mujer fecunda y tierna como madre. En ella juntamos la integridad y la fecundidad, la gracia de la divinidad con la humanidad.
- Ella no es divina, es enteramente de nuestra tierra como nosotros, plenamente humana, hacía los oficios de cualquier mujer, pero sintiéndola totalmente nuestra, la encontramos trono de la divinidad... En el fondo María representa la aspiración de todo lo más grande que tiene nuestra alma.
- María en Nazaret, cuán humilde y descuidada de sí misma. Cuán ajena a toda pretensión. Cuán indigna se reconoce de toda honra. ¿Yo soy así? ¿La imito? Debo pues imitarla en vivir oculto, humilde, silencioso, trabajador; sin deseos de querer ser estimado. Trabajar mucho, hacer mucho bien sin que nadie lo sepa.
- Madre de Dios todopoderoso... Y madre nuestra: realísima madre nuestra, al pie de la Cruz. Madre de todos los incorporados a Cristo. Y ella, que cuidó de Cristo en su vida, también cuida del Cristo místico hasta que llegue la plenitud de los tiempos...
- María fue pobre y sencilla. En Caná la encontramos en medio del pueblo, de la vida humana, de la vida de familia, en las alegrías más legítimas... Por eso es que María se dio cuenta al punto de lo que pasaba... Con María en nuestros apuros. Faltó el vino. Pero allí estaba María felizmente. Ella con su intuición femenina vio el ir y venir, el cuchicheo, los jarros que no se llenaban... Y sintió toda la amargura de la pareja que iba a ver aguada su fiesta, la más grande de su vida... Sintió su dolor como propio. Comprensión de los dolores ajenos (...). Y ella comprendió... que ella podía hacer algo, y que él lo podía todo.
- Jesús, en la cruz, nos dio lo último que le quedaba. Después de haber dado todo, incluso él mismo, nos entregó a su Madre. Y en San Juan estábamos todos representados. María es nuestra Madre, la Madre de todos los hombres, de todos los cristianos. Luego, todos somos hermanos. Y cuán poco me he preocupado de ser cariñoso, de ser afectuoso con mis hermanos, y con qué esmero he criticado sus defectos, me he burlado de los más infelices.
- María es mi Madre. Y al aceptarme como hijo, deposita en mí todos los tesoros de su caridad, todo su cariño. ¡Con qué ternura vela por mí! ¡Qué solicitud, qué amor!... ¿Qué quiere hacer de mí? Un santo, que sólo busque la mayor gloria de Nuestro Señor, su Santísimo Hijo.
- María como Madre no quiere condecoraciones ni honras, sino prestar servicios. Y Jesús no va a desoír sus súplicas, Él, que mandó obedecer padre y madre. Su primer inmenso servicio fue el *“Hágase en mí según tu palabra”*... y el *“He aquí la Esclava del Señor”* (Lc 1, 38). Dios hizo depender su obra del *“Sí”* de María. Sin hacer bulla prestó y sigue prestando servicios: esto llena el alma de una santa alegría y hace que los hijos que adoran al Hijo, no puedan separarlo de la Madre.



## **María en la espiritualidad ignaciana**

*Juan Ochagavía SJ*

Hoy día hay personas que sufren por su falta de devoción a la Virgen. Saben que en la vivencia cristiana María es importante, pero no encuentran el modo adecuado de sentir devoción a ella. La ven elevada en un pedestal muy alto, muy etérea, de una pureza tan sublime, que se les hace lejana.

En algunos, en vez de dolor, brota un malsano espíritu de crítica a lo mariano. Otros, ante la fuerza de la devoción a María en nuestra patria, desarrollan un espíritu de competitividad que no tiene nada que ver con la “santa emulación” de los antiguos.

Por estas razones de coyuntura quiero tocar el tema “María en la espiritualidad ignaciana”. Elijo este tema particular con la esperanza de poder mostrar que se puede tener devoción a María de muchísimas maneras diferentes, sin excluirse unas con otras, ninguna mejor que otra, todas complementarias entre sí.

Esto pide una reflexión primera sobre la centralidad de la devoción a la Virgen, que no puede ser prerrogativa de sólo algunas corrientes o movimientos espirituales. Preguntarse si un cristiano puede o no tener devoción a María es meterse en una encrucijada sin sentido. La Virgen es central en la vida cristiana porque Cristo es el único centro y ella le es inseparable. En otras palabras, no se es mariano si no se es cristocéntrico ni se es cristocéntrico sin una relación personal y viva a María. Decir esto no es imponer dictados a la piedad sino simplemente recordar la trama fundamental en que se teje nuestro vivir crístico. Si nos salimos de este marco, distorsionamos la caja respiratoria de nuestra fe. En cambio dentro de él podemos respirar en profundidad y hay cabida para toda clase de corrientes y carismas personales y grupales.

### *Significado del cristocentrismo*

Profundicemos en el significado del cristocentrismo y su relación a la Virgen. Se repite muchas veces “A Jesús por María”. Pero ¿qué se quiere decir con esto? ¿Que podemos ir a María sin pasar por Jesús? Y a la inversa, ¿podemos estar centrados en Cristo sin que El nos conduzca necesariamente a ella? Lo cristiano es decir que no a ambas preguntas y rehusar plantearse ante tal disyuntiva por ser carente de verdad, es decir de substancia y de toda realidad concreta. Este es nuestro primer punto.

Vemos a María en relación con Cristo porque Cristo es el comienzo, la base de apoyo y la meta de toda la creación (Col 1, 15-20). Dios Padre, el Creador, crea y santifica todo por medio de Cristo. También a la Madre de Jesús, la Virgen santísima.

Es valedera de todos la palabra de Jesús de que “nadie conoce realmente al Padre, sino el Hijo y aquellos a quienes el Hijo quiera darlo a conocer” (Mt 11, 27). Y asimismo esta otra: “Nadie puede venir a mí, si el Padre no lo trae” (Jn 6, 65).

La carta a Timoteo es enfática en afirmar que “no hay más que un Dios; y no hay más que un hombre que pueda llevar a todos los hombres a la unión con Dios: Jesucristo. Porque Jesucristo se entregó a la muerte para pagar el precio de la salvación de todos” (1 Tim 2, 5-6).

Aplicándolos a María, estos textos nos dicen que ella existe por, en y para Cristo; y que ha sido redimida por la sangre y la gracia de su Hijo. El dogma de la Inmaculada Concepción, al proclamarla exenta de la culpa original, afirma paradójicamente que la Madre del Redentor no dejó de ser redimida por los méritos de su Hijo, aunque en forma más sublime que los demás (Lumen Gentium 53).



Es posesión constante y pacífica de la fe cristiana que Jesús ocupa el centro en todo, para por medio suyo llevarnos al Padre. Esto vale también de María y a de expresarse en toda auténtica devoción a ella.

El tratado de San Luis Grignon de Montfort (1673-1716) sobre la devoción a María abre su primer capítulo con esta afirmación: “Confieso con toda la Iglesia que no siendo María sino una pura criatura salida de las manos del Altísimo, comparada con su Majestad Infinita, es menos que un átomo, o más bien es nada...” (Ver n. 14, Edic, BAC 1954). Este Santo tan mariano –que ha influenciado todos los movimientos marianos que le son posteriores- comienza con este himno a Jesucristo su discurso sobre María: “El fin último de todas nuestras demás devociones no debe ser otro que Jesucristo nuestro Salvador, verdadero Dios y verdadero hombre; de lo contrario, estas devociones serían falsas e ilusorias. Jesucristo es el alfa y la omega, el principio y fin de todas las cosas. Nosotros no trabajamos, como dice el Apóstol, más que para hacer a todos los hombres perfectos en Jesucristo, porque sólo en El habitan toda la plenitud de la divinidad y todas las plenitudes de gracias, de virtudes y de perfecciones; porque sólo en El hemos sido bendecidos con toda suerte de bendición espiritual; porque El es nuestro único Maestro que ha de enseñarnos, nuestro único Señor de quien debemos depender, nuestra única Cabeza a quien debemos estar unidos, nuestro único Modelo al que debemos conformarnos, nuestro único Médico que ha de curarnos, nuestro único Pastor que nos ha de alimentar, nuestro único Camino que ha de conducirnos, nuestra única Verdad que debemos creer, nuestra única Vida que nos ha de vivificar y nuestro único Todo que en todas las cosas nos debe bastar...Dios no nos ha dado otro fundamento para nuestra salvación, para nuestra perfección y para nuestra gloria más que a Jesucristo; todo edificio que no descansa sobre esta piedra firme está fundado sobre arena movediza y caerá infaliblemente, tarde o temprano. Todo fiel que no esté unido a El, como un sarmiento lo está a la cepa de la vid, caerá, se secará y sólo servirá para ser echado al fuego...Pero, si permanecemos unidos en Jesucristo y Jesucristo en nosotros, no tendremos que temer condenación alguna...Por Jesucristo, con Jesucristo, en Jesucristo podemos todas las cosas: tributar todo honor al Padre en unidad del Espíritu Santo, hacernos perfectos y ayudar a nuestro prójimo a marchar hacia la Vida” (“Tratado de la verdadera devoción”, Edic. BAC (1954), núm. 61, p. 273-274).

¿Hemos con esto dejado fuera o de lado a la Virgen? De ninguna manera, porque existe un lazo necesario e inseparable entre Jesucristo y María. Cristo está siempre con su Madre y ella con Él.

María, por la gracia crística que la llena, está de tal modo transformada en Cristo, que de por sí no es nada; todo su vivir y actuar es Cristo. El “vivo yo, no yo; es Cristo quien vive en mí”, de San Pablo (Gal 2, 20), alcanza en ella una intensidad y plenitud tan grandes que superan el nivel y la forma como los ángeles y los santos viven de Cristo, por Cristo y para Cristo. El amor de María a Jesús no se detiene en la persona del Hijo. Con Jesús sube al Padre y se extiende a la causa del Reino. Abraza así a toda la obra salvífica de Dios, a todos los que en su Hijo son engendrados como hijos de Dios e hijos suyos.

Otro tanto se debe decir de la relación de Jesús a María, que se inserta en su relación primordial al Padre. Porque Jesús, el Hijo, vive siempre en referencia de ser y de amor hacia su Padre. Lo que lo constituye como persona divina es precisamente el no ser ni vivir desde sí y para sí, sino recibéndolo todo del Padre y devolviéndoselo en plenitud de amor, que es el Espíritu. El Hijo es pura relación de recibir todo del Padre y dársele todo –el ser, la divinidad, el poder, su amor a los hombres- en entrega obediente y amorosa. La radicalización más fuerte del “Vos me lo disteis, a Vos Señor lo torno” de San Ignacio es Jesucristo.



Ahora bien, el don de ser hombre, vivir como hombre, querer con corazón de hombre, poder entregarse a la muerte y resucitar como hombre para salvar a los hombres, Jesucristo lo recibe del Padre, actuando el Espíritu Santo, mediante su Madre, la Virgen María.

Sin María no habría Cristo hombre ni aquella solidaridad radical de Dios con los hombres que nos permite ser “hijos en el Hijo” (San Agustín). María tiene un lugar único e insustituible en la venida a la existencia y en la obra salvadora de Jesús. Por lo mismo ella ocupa un puesto inigualable en el amor de Jesús. Jesús devuelve al Padre la madre que Dios le escogió. La ama con amor filial, lleno de reconocimiento, gratitud, gozo, ternura. Jesús ama tanto a su Madre, que le comunica profusamente su ser, su señorío, su fuerza salvadora. Nosotros sólo la podemos amar con su amor. “Somos hijos de María solamente por El y en El, y María es nuestra madre sólo en cuanto es la madre de Jesús” (L. Paulussen, SJ). Como es constitutivo del ser del Hijo su relación al Padre, también lo es la relación a la Madre. Es una relación que no se agota con el nacimiento o con la infancia, porque Jesús, concebido en el tiempo, jamás deja de ser hijo de su propia madre.

¿Qué podemos concluir de todo esto? Primero, que Jesucristo debe ocupar el centro de toda espiritualidad cristiana porque Él es el Centro de todo. El Padre centra y recentra en Él todas las creaturas. Y también a María.

Segundo, y en unión con lo anterior, que María está involucrada en el continuo darse de las tres personas de la Santísima Trinidad porque ella es parte esencial de la historia de la encarnación de Dios y de la salvación de los hombres.

Tercero, que la centralidad de Cristo, lejos de impedir la devoción a María, la exige y fomenta.

Cuarto, que todos los cristianos estamos llamados a concordar en estos puntos. En esto no caben diferencias ni apelar a carismas diversos. El Concilio exhorta a los teólogos y predicadores a evitar toda “falsa exageración” como también “una excesiva mezquindad de alma al tratar de la grandeza de la Madre de Dios”. Y recuerda a todos los fieles “que la verdadera devoción no consiste ni en un sentimentalismo estéril y transitorio ni en una vana credulidad, sino que procede de la fe auténtica; nos induce a reconocer la excelencia de la Madre de Dios y nos impulsa a un amor filial hacia nuestra Madre y a la imitación de sus virtudes” (LG 67).

Quinto, que por lo tanto las diferencias entre las diversas espiritualidades y movimientos cristianos no hemos de buscarlas, simplistamente, en el ser o no ser marianos, sino en el aspecto particular del misterio de Cristo relacionado con María que cada una hace resaltar y en las expresiones y caminos pedagógicos que cada cual se traza para encarnar y fomentar ese determinado aspecto.

### *María en la espiritualidad ignaciana*

Doy por sentado que existen en la Iglesia espiritualidades diversas y que hay acuerdo en que tener una sana espiritualidad –aunque en términos absolutos no sea indispensable al cristiano- es una grande ayuda para vivir la vida en el Espíritu y avanzar en ella. Supongo también, como recién apuntábamos, que las espiritualidades –digamos, la benedictina y la franciscana- no difieren entre sí por elementos esenciales al ser cristiano. No es que una tenga elementos del núcleo de la fe que no se dan en las otras. Más bien es como las caras de las personas: todas tienen ojos, frente, boca, nariz, orejas. Y sin embargo nos basta echar una mirada para distinguirlas. Las reconocemos por la configuración del conjunto y por ese “aire” particular de cada una.

Esto supuesto, ¿qué caracteriza la manera ignaciana de vivir la devoción a la Virgen? Tratamos de responder a esta pregunta con la esperanza que otras corrientes de espiritualidad también lo



hagan. Este tipo de diálogo nos ayudaría a situar la identidad de un movimiento donde verdaderamente está y no en cosas periféricas o erróneas. Esto permitiría mejor conocimiento de la diversidad y riqueza de los carismas, mayor respeto entre todos y una interacción más fecunda.

La manera ignaciana de devoción a María está determinada por el modo como Ignacio vive el misterio de Cristo. La vivencia espiritual de Ignacio está dominada por el Cristo que recorre, predicando, ciudades, aldeas y campos (EE.EE. 91). Que llama discípulos a estar con Él y trabajar con Él en las jornadas del Reino (EE.EE. 95). Que no se cansa de anunciar con hechos, palabras y señales que su Padre está reinando; es decir, que su amor de misericordia actúa para salvar y reunir a todos los hombres de todos los pueblos.

La espiritualidad de Ignacio es apostólica en el sentido más literal de querer hacer lo que hicieron Cristo y sus discípulos al trabajar por el reinado del Padre. Para él lo primero –aquello en que se concreta la “Mayor gloria de Dios”- es “ayudar a las almas”. El Cristo de Ignacio es el Cristo en campaña, el Cristo en acción. Su espiritualidad no quiere ser “contemplativa en el monasterio” sino “contemplativa en el mundo”, en la acción con Cristo para ayudar a los hombres. Su oración más típica, aunque en ninguna forma la única, es encontrar a Dios en el trabajo por el prójimo.

Por lo mismo, la espiritualidad apostólica de Ignacio se caracteriza por un intenso celo misionero: el “magis”, el “bien más universal”, el ir a los más necesitados (Constituciones VII, c. 2). Exige por lo mismo mucha movilidad apostólica, mucha disponibilidad para desinstalarse del propio lugar geográfico, estado espiritual, símbolos y devociones, status económico, todo en función del mayor bien del prójimo.

La imagen de María en la experiencia de Ignacio y en la corriente espiritual que de él deriva tiene esta misma connotación apostólica. María –pura gracia- lo llenó de consuelo y le limpió el corazón a este caballero que empezaba a soñar nuevas hazañas (Aut. 10). Ante el altar de Nuestra Señora de Montserrat vela toda una noche sus armas, las armas de Cristo, para iniciar su nuevo género de vida (Aut. 18). En sus iluminaciones de Manresa ve a Nuestra Señora vinculada al Hijo encarnado y presente en la Eucaristía (Aut. 29). En la visión de La Storta es ella quien lo “pone con su Hijo”, es decir, hace que Ignacio y los suyos sean elegidos por Dios como compañeros de Cristo y lleven la cruz en los trabajos del Reino (Aut.96).

Los Ejercicios Espirituales reflejan estas experiencias de Ignacio. Animan a imitar a Cristo nuestro Señor y a nuestra Señora en el uso de los sentidos (EE.EE. 248), a profundizar y gustar las oraciones vocales que dirigimos al Padre, al Hijo y a nuestra Señora (EE.EE. 253). Ella está presente en todos los momentos claves en que el ejercitante se apresta para seguir a Cristo y trabajar con Él “en la pena y en la gloria” (EE.EE. 95). La conversión a entregar la vida por Cristo (EE.EE. 53) se profundiza en una repetición y en un largo coloquio a nuestra Señora (EE.EE. 63). El ofrecimiento de seguir a Cristo en los trabajos del Reino se hace “delante de la Madre gloriosa, y de todos los santos y santas de la corte celestial” (EE.EE. 98). La contemplación de la encarnación nos presenta el “Sí” de María como el eco humano a las palabras de la Trinidad “Hagamos redención del género humano”. En la meditación de Dos Banderas –que prepara para ser fiel a Cristo en el seguimiento y no tener que escuchar de Él la pregunta “¿También vosotros queréis dejarme?” (Jn 6, 66)- se pide a nuestra Señora “que me alcance gracia de su Hijo y Señor, para que yo sea recibido debajo de su bandera” (EE.EE. 147). Para la contemplación del ministerio público de Jesús Ignacio recomienda que siempre se haga un coloquio a nuestra Señora, para poder conocer más a Cristo en el misterio que contemplo, y así más amarlo y servirlo hoy día en su Iglesia (EE.EE. 159). Lo mismo aconseja para las contemplaciones de los misterios de la pasión (EE.EE. 199) y, de un modo más libre, para los de la resurrección (EE.EE. 225).



No cabe duda que la espiritualidad ignaciana ve a María asociada a su Hijo en el trabajo de extender el Reino de Dios. Por este motivo Ignacio privilegia para María el título de “nuestra Señora”, que no es un término de cortesía sino designa una acción: la acción de enseñorear el mundo para Dios en la fuerza de Jesucristo, el Señor resucitado. María enseñorea en su Hijo y Señor. Con Él y en Él trabaja en la tierra para extender y llevar a término el reinado de Dios sobre los hombres, dando así paso al reinado definitivo del Padre, cuando éste sea “todo en todas las cosas” (1 Cor 15, 24-28).

La omnipotencia de Dios se manifiesta no sólo en su infinita fuerza creadora sino también –y tal vez mucho más- en que pueda de verdad necesitarnos. Después del Hombre Jesucristo, y en inseparable unión con Él, María es la creatura más activa y eficiente en combatir las fuerzas del Maligno, que buscan destruirnos, y en impetrarnos las gracias para marchar por el camino del Reino. Ella muy eficazmente “ayuda a las almas”. De aquí que sea para Ignacio “Nuestra Señora”.

Podemos ya concluir. La imagen de María de la espiritualidad ignaciana es decididamente apostólica. Es nuestra Señora en misión, que nos atrae a trabajar con Cristo, su Hijo. Es la Virgen en campaña por el reinado de Dios. Es la Madre, que –junto con toda la madre Iglesia- ayuda a gestar, dar a luz y hacer crecer a Cristo en todos los hombres y mujeres de la tierra. No es como una reina lejana, que envía soldados a la batalla, permaneciendo ella en su palacio. Nuestra Señora está implicada en todas las luchas de Cristo, su Hijo y en todas nuestras miserias y combates. Somos sus hijos, sus hermanos y colaboradores en la gran tarea, que le llena el corazón, el trabajo del Reino: “el Señor hace en mí maravillas”.

Los cristianos que se ayudan de la tradición espiritual de San Ignacio tienen a nuestra Señora como su modelo de colaboración en la misión de Cristo. Quieren que sus vidas continúen el sí de María de la Anunciación, continuado a lo largo de toda su vida hasta la cruz y los gozos de Pascua y Pentecostés. Ven en la visita a la prima Isabel una expresión de su deseo de ofrecer hoy a los hombres un servicio eficaz. El Magnificat los inspira a hacerse solidarios con los empobrecidos y humillados y a actuar liberadoramente en favor de la justicia en el mundo.

### *Una doble cautela*

La imagen de nuestra Señora de la espiritualidad ignaciana corresponde al modo y proporción como los Evangelios y demás escritos del Nuevo Testamento se refieren a María, la Madre de Jesús. Nunca aparece sola. No hay pasajes que le conciernan por sí misma, sino siempre en función de Jesús y de la Iglesia.

Esta sobriedad ignaciana –tan fiel al Evangelio- es de un valor muy grande en nuestro tiempo. La devoción mariana hace bien en orientarse por el Evangelio, en ir a lo fundamental, en preferir lo simple a lo complicado.

Ni los Ejercicios ni los demás documentos de la espiritualidad ignaciana dicen nada, ni una sola palabra, sobre las formas externas en que se exprese la devoción a María. Pero esto, que constituye un valor positivo y una fuerza mariana formidable, encierra a la vez un doble peligro.

El primero es que, al acentuar la dimensión apostólica de nuestra Señora, hagamos de María una “persona-función”, la busquemos sólo como un medio de trabajar mejor por el Reino, pero sin cultivar una relación personal con ella. No es éste un peligro imaginario. Si ha existido y existe respecto a Cristo (los luchadores sociales que hacen de Cristo un “valor”, un “proyecto”, un “leader”), también se ha dado y persiste en relación a María.

Pero esto no sería en absoluto ignaciano. Lo ignaciano es relacionarse a ella con un “conocimiento interno”, fruto de larga y atenta contemplación y de mucho amor, tal como se hace





con Jesús (EE.EE. 104, 109). Lo ignaciano es procurar verla en los misterios de su vida terrestre, escuchar sus palabras y su silencio, observar y contagiarse con lo que ella hace, reproducir en nosotros sus sentimientos. Lo ignaciano es –a través de la aplicación de los sentidos interiores- deleitarse con su dulzura, tocar la ternura de su corazón, robustecerse con su fe y su entrega, llenarse de fuerza con la viveza de su celo del Reino de Dios. Lo ignaciano es entablar con ella muchos “coloquios”, vale decir, conversaciones íntimas que son, a la vez, de hijo a Madre, de servidor a su Señora, de amigo a amigo, de hermano a hermana (EE.EE. 54, 199).

Esto se consigue dejando hablar el corazón, procurando “sentir y gustar internamente” (EE.EE. 2), dando la prioridad a las voces del amor (EE.EE. 3). Sin esto la relación a María deja de ser real, no es personal, se “funcionaliza”. Y si caemos en esto, atentamos contra la meta misma del apostolado cristiano, que no admite ninguna dicotomía entre persona y función.

El otro peligro de esta espiritualidad es el no proponer formas concretas y precisas de devoción a nuestra Señora. No porque Ignacio no las recomiende ni menos porque él mismo no las haya practicado. Fue asiduo en visitar los santuarios de nuestra Señora: Olatz, Aranzazu, Monserrat, Loreto, nuestra Señora della Strada. Por donde pasó hizo restaurar imágenes y fomentó oraciones y alabanzas a María. En su habitación se conservan tres hermosas imágenes de la Sagrada Familia y de la Virgen con el Niño. En los Ejercicios recomienda las peregrinaciones, las velas encendidas, las imágenes, los cantos y los rezos (EE.EE. 355 a 361). Él considera indispensable que la devoción, que es fruto del Espíritu, llegue a darse formas concretas, en que se encarne y se exprese para sí y los demás.

Si Ignacio rehusó imponer formas concretas de devoción y culto a nuestra Señora, esto se debe a causas más hondas, ligadas a su espiritualidad. Por una parte está su gran respeto a la acción inmediata de Dios en la creatura, sobre todo cuando se trata de los “gustos del corazón”, como son las formas de devoción. Pero por sobre todo está su constante atención a las circunstancias de “tiempos, lugares y personas”, que –conforme al “tanto cuanto” y al “magis” del Principio y Fundamento- han de regular la presentación de la praxis cristiana en los pueblos de los cuatro continentes, a los que el celo evangelizador de Ignacio se abría.

Ni en la Compañía de Jesús ni en las asociaciones y movimientos inspirados por la espiritualidad ignaciana existe una forma obligada de devoción y culto a María. No hay una imagen que sea promovida más que otras. En África negra nuestra Señora es zulú o bantú. En India es delgada, morena y viste el sari. Mientras que en China tiene los ojos oblicuos y la tez pálida.

Pero al decir que no se impone una forma de devoción, se afirma que es indispensable que existan muchas concreciones en que canalicemos el fuego del amor a María. Pensamos en primera instancia en formas artísticas: poemas, cantos, pinturas, estatuas, música, capillas, santuarios y templos. Pero también en otras concreciones que atañen más directamente el servicio de los prójimos. La historia presente y pasada conoce un sinfín de obras apostólicas que son una alabanza de amor a María: escuelas y colegios, universidades, misiones, círculos obreros, hospitales, ollas de pobres, revistas, libros, campañas en pro de un uso humano y razonable de los bienes de la creación.

Es vocación y responsabilidad de los que honramos a nuestra Señora según el modo de ser de esta corriente de espiritualidad el continuar y enriquecer creativamente esta herencia, todo para la obra del Reino de Dios.